

mundo orgánico, así como la regularidad del reino inorgánico, son introducidas en la Naturaleza por nuestro entendimiento, y pertenecen en consecuencia, al fenómeno y no á la cosa en sí. Esa admiración de que antes hablábamos, que despierta en nosotros la regularidad constante é infalible del mundo inorgánico es esencialmente aquella misma que nos inspira la armonía final de la Naturaleza orgánica, pues en ambos casos lo que nos asombra es percibir la unidad en la Idea, que para manifestarse había revestido las formas de la pluralidad y de la diversidad (1).

Hemos expuesto hasta aquí la finalidad interior. Por lo que toca á la finalidad exterior, que no resulta de la economía interna de los organismos, sino del apoyo y auxilio exteriores que encuentran en la Naturaleza inorgánica, ó que se prestan entre sí, tiene también su explicación general en las mismas razones, puesto que el conjunto del mundo, con todos sus fenómenos, es la objetivación de una misma voluntad; puesto que es también una Idea, que guarda con las demás la relación que existe entre la armonía y las voces aisladas. La unidad de la voluntad debe mostrarse aquí también en la concordancia de todas sus manifestaciones. Esto resultará más claro para nosotros si examinamos atentamente las manifestaciones de esa finalidad exterior y de esa concordancia de las diferentes partes de la Naturaleza entre sí, examen que al mismo tiempo, aclarara lo que antes expusimos. Con este fin vamos á fijar la atención en la analogía siguiente.

El carácter de cada hombre, como carácter individual y no comprendido por entero en el de la especie,

(1) Véase *La Voluntad en la Naturaleza*, final del artículo titulado *Anatomía comparada*.

puede ser considerado como una Idea particular correspondiente á un acto especial de objetivación de la voluntad. Este mismo acto sería entonces su carácter inteligible, cuyo fenómeno sería el carácter empírico. El último está enteramente determinado por el primero, que es voluntad, voluntad sin razón, ó sea no sometida, como cosa en sí, al principio de razón, forma del fenómeno. Durante todo el curso de la vida, el carácter empírico debe ser la imagen del carácter inteligible, y no puede tomar otra marcha que la que le impone la naturaleza de éste. Pero esa determinación se extiende sólo á lo esencial y no á lo accesorio de la existencia. Entre las cosas accidentales están los acontecimientos y los actos, que dan ocasión para que se muestre el carácter empírico. Estos actos son producidos por las circunstancias exteriores que suministran los motivos, sobre los cuales reacciona el carácter en virtud de su naturaleza, y como pueden ser muy diversos, por su influencia se regulará el sesgo exterior de la manifestación del carácter empírico, es decir, la forma efectiva de la conducta, el aspecto histórico del curso de la existencia.

Esta forma podrá realizarse de muy diferente manera, aunque lo esencial, el contenido del fenómeno, sea el mismo; es accidental, por ejemplo, cuando se juega, que lo que se aventura sean nueces ó monedas; lo esencial del caso es que se juegue honradamente ó se hagan trampas; lo último es lo determinado por el carácter inteligible, lo primero depende de las influencias exteriores.

De igual manera que un mismo tema admite centenares de variaciones, el mismo carácter puede manifestarse en una multitud de existencias diferentes. Pero por variadas que puedan ser las influencias exteriores, el carácter empírico que se determina bajo cada una de

estas influencias, objetivará exactamente, en todo el curso de la vida, el carácter inteligible, acomodando su objetivación á las circunstancias efectivas del momento.

Análogo á esta influencia de las circunstancias exteriores sobre el curso de la vida, determinado en lo esencial por el carácter, es lo que debemos admitir para explicarnos cómo la voluntad en su acto primitivo de objetivación, ha producido las diferentes Ideas en las cuales se objetiva, es decir, las diferentes figuras de las criaturas de todas clases, entre las cuales reparte su objetivación y que por esto suponen necesariamente un enlace de los fenómenos entre sí. Debemos admitir que se ha producido una adaptación, una acomodación general y recíproca entre todos esos fenómenos de una misma voluntad, pero al concebir esta operación hay que dejar á un lado, como veremos en seguida más claramente, toda condición de tiempo, puesto que la Idea está fuera de él. Por consiguiente, todo fenómeno debía adaptarse á los medios en los cuales aparecía, así como éstos á él, aunque en el tiempo fuese mucho más reciente la aparición del fenómeno: en todas partes hallamos ese mismo *consensus naturæ*. La planta está adaptada á su suelo y á su clima, el animal á su elemento y á la presa de que se alimenta, al par que está también defendido hasta cierto punto contra sus enemigos naturales. El ojo está adaptado á la luz y su refrangibilidad, el pulmón y la sangre al aire, la vejiga natatoria al agua, el ojo de la foca al cambio de elemento, las células que conservan el agua en el estómago del camello á la sequía del desierto africano, la vela del nautilus, al viento que impulsará su barquilla, y así sucesivamente, hasta las adaptaciones externas más especiales y sorprendentes (1). En

(1) Véase *La voluntad en la Naturaleza*, artículo *Anatomía comparada*.

todo esto hay que hacer abstracción del tiempo, puesto que no concierne más que al fenómeno y no á la Idea misma.

Se puede dar á esta explicación un efecto retroactivo y admitir que no sólo cada especie se ha acomodado á los medios preexistentes, sino que estos medios preexistentes se acomodaron también á los seres futuros; pues debemos recordar que una misma voluntad es la que se ha objetivado en todos, y esta voluntad ignora el tiempo, forma del principio de razón que no la concierne á ella, ni á su objetividad primitiva, es decir á las Ideas, sino á la manera de expresarlas los individuos precedentes, de suerte que no afecta más que á las manifestaciones de las Ideas.

En las presentes consideraciones sobre la manera como la objetivación de la voluntad se reparte entre las Ideas, la serie en el tiempo no tiene significación alguna, y las Ideas cuyas manifestaciones se han presentado las primeras en la sucesión del tiempo, acomodándose al principio de razón, al cual están sometidas bajo este concepto, no gozan de privilegio alguno respecto de aquellas cuyas manifestaciones han aparecido después: estas últimas son, por el contrario, las objetivaciones más perfectas de la voluntad, á las cuales han debido adaptarse de antemano las anteriores, como las posteriores se adaptan también á las que las han precedido.

Así, pues, el curso de los planetas, la inclinación de la elíptica, la rotación de la tierra, la separación de los continentes y de los mares, la atmósfera, la luz, el calor y todos los fenómenos de este género, que son en la Naturaleza lo que el bajo fundamento en la armonía, se han acomodado con anticipación á las futuras especies de criaturas vivientes, de las cuales debían ser portadores y sostenes. El suelo se adapta á la alimentación de las

plantas, éstas á la de los animales, éstos á su vez á la de otros animales, y recíprocamente. Todas las partes de la Naturaleza están encaminadas unas hacia otras, porque una misma voluntad es la que aparece en todas, y la sucesión del tiempo es ajena á su objetivación primitiva, la única *adecuada* (este término se explicará en el libro siguiente.)

Hoy que las especies no tienen ya que nacer, sino que conservarse, vemos todavía aquí y allá ejemplos de esa previsión de la Naturaleza que se extiende á lo porvenir y en cierto modo hace abstracción de la serie de los tiempos, viniendo á ser como una adaptación de lo que existe ahora á lo que existirá en lo futuro. Así, el pájaro fabrica el nido para pequeñuelos que no conoce, el castor construye una cabaña cuyo destino le es desconocido, la hormiga y la abeja reúnen provisiones para un invierno, cuyos rigores no han experimentado todavía; la araña y la hormiga-león preparan con astucia y cálculo las asechanzas para una futura presa que aún ignoran, los insectos depositan sus huevos allí donde la futura larva encontrara su alimento. Cuando en la época de la floración, la flor hembra de la *Vallisneria Spiralis* desarrolla los espirales de su tallo que la retenían hasta entonces sumergida en el agua y llega á la superficie, en el mismo momento, la flor macho se desprende de su corto tallo, en la punta del cual crecía en el fondo del estanque, y sacrificando su existencia, sube también á la superficie y nada alrededor de la flor hembra hasta que la encuentra. Terminada la fecundación, la última se vuelve al fondo, arrollando sus espirales, y el fruto se desenvuelve. Recuérdese lo dicho acerca de la larva del ciervo volante macho, que, para su metamorfosis, abre un agujero dos veces más largo que el que prepara la hembra, á fin de que quede lugar para los futuros cuernos.

El instinto de los animales, en general, nos da la mejor explicación de la teleología del resto de la Naturaleza. Así como el instinto ejerce una acción semejante á la que se efectúa en virtud de la noción de fin, aunque carece de ella, toda obra de la Naturaleza parece hecha también en virtud de la noción de fin, á la cual es totalmente ajena. En efecto, en la teleología externa é interna de la Naturaleza, lo que concebimos forzosamente como medio y como fin no es más que la manifestación en el tiempo y en el espacio, apropiada á nuestra manera de conocer, de la *unidad de la voluntad, de acuerdo consigo misma dentro de estos límites.*

Mas, á veces, esa acomodación recíproca, esa adaptación de los fenómenos, no logra borrar el disentimiento de que hablamos antes, que se manifiesta por una lucha general en la Naturaleza y que pertenece á la esencia de la voluntad. Aquella armonía no se extiende más que á lo indispensable para la existencia duradera del mundo y de sus criaturas, que sin ella habrían perecido hace mucho tiempo. Por esto se limita á asegurar la conservación de la especie y de las condiciones generales de existencia y no la de los individuos. Si, por efecto de esta armonía y esta acomodación, las *especies*, en el reino orgánico, y en el inorgánico las *fuerzas naturales generales*, existen unas junto á otras y hasta se sostienen mutuamente, en cambio, el conflicto íntimo de la voluntad, que se objetiva en todas esas Ideas, se manifiesta en la guerra incesante de exterminio que se hacen los *individuos* de aquellas mismas especies y en la lucha perpetua y recíproca de los fenómenos de aquellas fuerzas, como ya hemos indicado. El campo de batalla y el objeto de este combate es la materia, cuya posesión se arrebatan los combatientes; es el tiempo y el espacio, cuya reunión, en forma de causalidad, constituye ver-

daderamente la materia, como vimos en el libro primero.

§ 29.

Termino aquí la segunda de las grandes secciones de mi obra, con la esperanza de haber conseguido, en cuanto es posible cuando se comunica un pensamiento nuevo, que conserva siempre, hágase lo que se quiera, las huellas individuales de su primer autor, de haber conseguido digo, comunicar á los lectores la convicción de que este mundo en que vivimos, y en que nos agitamos, es, en cuanto á su esencia inmanente, Voluntad de todo en todo, y bajo otro aspecto, de todo en todo Representación; de que esta representación, por serlo, supone ya una forma, lo de objeto y sujeto, y por consiguiente es relativa; de que cuando después de suprimida esa forma con todas las que le están subordinadas, preguntamos qué queda, ese algo, diferente por completo de la representación, no puede ser más que voluntad, que es, pues, *la cosa en sí*.

Cada cual reconoce que él mismo es esa voluntad, esencia íntima del mundo, é igualmente cada cual se reconoce también como sujeto consciente para el cual el mundo es su representación; luego este mundo no tiene existencia más que en relación al conocimiento que es su base necesaria. Bajo esta doble relación cada hombre es el conjunto del mundo, el microcosmo, cuyos dos aspectos están contenidos por completo en cada individuo. Lo que éste reconoce como su propia esencia, agota también la del mundo entero, la de macrocosmo, que, al igual del individuo, es de todo en todo Voluntad y de todo en todo Representación y nada más. Vemos confundirse aquí la filosofía de Tales, que estudiaba el ma-

crocosmo, con la de Sócrates que se fijaba en el microcosmo, puesto que según queda demostrado, el objeto de ambas es el mismo. Las nociones expuestas en estos dos primeros libros se completarán y adquirirán nueva certeza en los dos siguientes, donde muchas preguntas que el lector podrá haberse hecho hasta aquí, con más ó menos claridad, hallarán, según espero, contestación satisfactoria.

Quiero discutir ahora, sin embargo, una de estas preguntas, que no puede formularse sino cuando no se ha penetrado bien el sentido de lo anteriormente expuesto, y que nos servirá para dilucidarlo. Es la siguiente: Cada voluntad es voluntad de alguna cosa; tiene un objeto, un fin de su querer; ¿qué quiere, pues, en último término, ó á qué aspira esa voluntad que se nos presenta como la esencia en sí del mundo? Esta pregunta procede, como tantas otras, de que se confunde la cosa en sí con el fenómeno. A éste y no á aquélla se refiere únicamente el principio de razón, uno de cuyos modos es la ley de motivación. Sólo se puede dar la razón de los fenómenos, como tales, de las cosas consideradas aisladamente, pero no de la Voluntad, ni de la Idea, que es su objetivación adecuada. Se puede inquirir siempre la causa de un movimiento aislado, ó en general de un cambio en la Naturaleza, es decir, se puede buscar aquel estado que produjo necesariamente el que se considera como efecto, pero no se puede atribuir una causa á la misma fuerza natural que se manifiesta en aquel fenómeno y en multitud de otros semejantes; preguntar la causa de la gravedad, de la electricidad, etc., es un verdadero contrasentido, que nace de una falta de reflexión. Sólo si se admitiese que la gravedad y la electricidad no eran realmente fuerzas naturales primitivas, sino formas fenomenales de alguna otra fuerza más general que co-

nociéramos, podría preguntarse la causa de que esta fuerza produjese el fenómeno de la pesantez ó de la electricidad. Todo esto ha sido ya explicado extensamente en pasajes anteriores.

Lo mismo puede decirse de la voluntad; todo acto aislado de la voluntad en un individuo consciente (que en sí mismo no es más que manifestación de la voluntad como cosa en sí) tiene necesariamente un motivo, sin el cual el acto no se produciría jamás; pero así como la causa material no contiene otra determinación que la de que en tal momento, en tal lugar y en tal materia debe manifestarse cierta fuerza natural, el motivo no determina tampoco más que el acto de voluntad del individuo conciente, en tal momento, en tal lugar y en tales circunstancias, y esto para cada acto en particular, pero no en manera alguna que este individuo quiera en general, ni quiera de un modo determinado. Esto es manifestación de su carácter inteligible, que por ser la voluntad misma, la cosa en sí y hallarse fuera de los dominios del principio de razón, carece de causa.

Todo hombre tiene constantemente un fin y motivos, con arreglo á los cuales regula su conducta, y sabe darse cuenta de sus acciones en cualquier momento; pero si se le preguntase por qué quiere en general, ó por qué quiere existir, no encontraría respuesta, y hasta le parecería absurda la pregunta. Así expresaría justamente la conciencia de que no es él mismo más que voluntad, más que un ser cuyo querer se sobreentiende, y que por tanto, no necesita de una determinación motivada sino para sus actos concretos, y para cada ocasión particular.

La carencia de fin, la falta de todo límite, es lo esencialmente propio de la voluntad en sí, que es una aspiración sin término. Hemos tocado ya este punto al

hablar de la fuerza centrífuga y donde también se manifiesta esto mismo claramente, en la escala más baja de la objetivación de la voluntad, es en la pesantez, cuya tendencia constante, á pesar de la imposibilidad de un fin último, salta á la vista. Pues aún cuando, según su voluntad, toda la materia existente quedara acumulada en un solo bloque, en el interior de esta masa la pesantez tendería siempre hacia el centro, y continuaría su lucha con la impenetrabilidad, que se vale de la rigidez ó de la elasticidad.

El esfuerzo de la materia puede ser siempre contrarrestado, pero nunca se ve cumplido y satisfecho. Lo mismo pasa absolutamente con las aspiraciones, en los fenómenos de la voluntad. Todo fin alcanzado es el punto de partida para un nuevo esfuerzo, y así se continúa indefinidamente. La planta desenvuelve ascensionalmente su fenómeno á través del tallo y de la hoja hasta la flor y el fruto, que á su vez es origen de un nuevo individuo, el cual comienza á recorrer la misma carrera y al cual seguirán otro y otro hasta el infinito.

Lo mismo ocurre en la vida de los animales; su punto culminante es la procreación; conseguido este fin, la vida del individuo declina más ó menos rápidamente, mientras que un nuevo individuo garantiza á la Naturaleza la conservación de la especie y repite el mismo fenómeno. Hasta la renovación de la materia en cada organismo debe ser considerada como una mera manifestación de esos esfuerzos y de esos cambios perpetuos; los fisiólogos no ven ya en ella la sustitución necesaria de la sustancia consumida por los movimientos, puesto que el desgaste posible de la máquina no es equivalente al crecimiento constante de la nutrición. Eterno devenir, fuga sin fin. tales son las condiciones esenciales del fenómeno de la voluntad. La misma cosa se descubre en los esfuerzos

y en los deseos del hombre que hacen brillar ante sus ojos la consecución de tales anhelos como si debiera ser el fin último de la voluntad; pero en cuanto son realizados no parecen ya lo que antes; olvidados bien pronto, se hacen añejos y se les deja á un lado, como ilusiones desvanecidas, aunque nos avergüence el confesarlo. Feliz el individuo si le queda todavía algún anhelo, alguna aspiración que alimentar, á fin de que ese juego que consiste en el perpetuo paso del deseo á su cumplimiento y de éste á nuevos deseos, paso que se llama felicidad cuando es rápido, y desgracia cuando se opera con lentitud pueda continuarse por mucho tiempo y no llegue á ese estancamiento, fuente de un hastío formidable que paraliza la existencia, de melancolías vagas sin objeto determinado, y de una languidez mortal. La consecuencia de todo lo dicho, es que la voluntad sabe siempre, cuando el conocimiento la ilumina, lo que quiere en tal momento y en tal lugar, pero jamás sabe lo que quiere en general. Todo acto concreto tiene un fin; el conjunto de la voluntad no lo tiene, de igual manera que cada fenómeno natural tiene una causa suficiente que determina su aparición en tal lugar y en tal instante, pero la fuerza que así se manifiesta no la tiene, puesto que es un grado de objetivación de la cosa en sí, de la voluntad, que carece de causa. La única conciencia de sí que posee la voluntad en general, es el conjunto de la representación, el conjunto del mundo real. Este es su objetivación, su manifestación, su espejo. Lo que expresa por esta calidad suya, formará el objeto de las consideraciones ulteriores.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

EL MUNDO

COMO VOLUNTAD

y

COMO REPRESENTACIÓN.